



En muchos años de la historia de la vida en Madrid no se había suscitado un tema, arquitectónico-urbanístico, que haya apasionado tan intensamente a toda la opinión ciudadana. Este interés de los madrileños, los de nacimiento y los de adopción, por su propia ciudad revela, a despecho de posibles intenciones marginales al tema, un hecho incontestable, muy digno y muy agradable de considerar: que la ciudad está viva porque sus habitantes están vivos y quieren tomar parte en las decisiones que afectan a la evolución y desarrollo de Madrid.

Aquel, como se llamaba entonces, chascarrillo que refería el caso de un esquilador que, tijera en ristre, actuaba sobre un perrito de lanas y preguntaba a un señor que estaba junto al perrito:

— ¿Le arreglo el lomo?

— Bueno.

— ¿Le corto los pelos del hocico?

— Bueno.

— ¿Le hago la cola?

— Haga usted lo que quiera porque el perro no es mío.

Pues esta mentalidad, a Dios gracias, no se da en el madrileño de hoy. Que no admite que con la ciudad se haga lo que se quiera, porque la ciudad SÍ que es suya.

En tema tan sumamente importante es natural que la revista ARQUITECTURA, órgano del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, no pueda ni deba quedarse al margen. No se puede en estas páginas "ignorar" el conflicto surgido entre la Puerta de Alcalá y Torre de Valencia: con el solo propósito de colaborar en la búsqueda de la solución que satisfaga los anhelos de todos en único beneficio de la ciudad, aportamos el reportaje gráfico que hemos encargado con este exclusivo fin, al fotógrafo Francisco Gómez y que se publica en las páginas que siguen.

El lector puede encontrar aquí los distintos puntos de vista que, el hombre de la calle, al andar la ciudad, aprecia en estas dos arquitecturas, ambas y sin necesidad de establecer comparaciones, de muy buena traza y que están enfrentadas en uno de los enclaves más importantes de la capital de España.

Una vez más viene el recuerdo del tremendo cuadro de don Francisco de Goya "La lucha a garrotazos" en que dos celtiberos, hundidos en barro hasta las rodillas, inmóviles de piernas, se están sacudiendo una especie de paliza que no tendrá más final que la muerte de uno de ellos. Estas dos arquitecturas no hace falta que luchen a muerte: siempre puede encontrarse, con buena voluntad y con juicio claro y sereno, una posibilidad de entendimiento. Como se dice más arriba, a esta finalidad tiende, lector, la publicación de este reportaje.

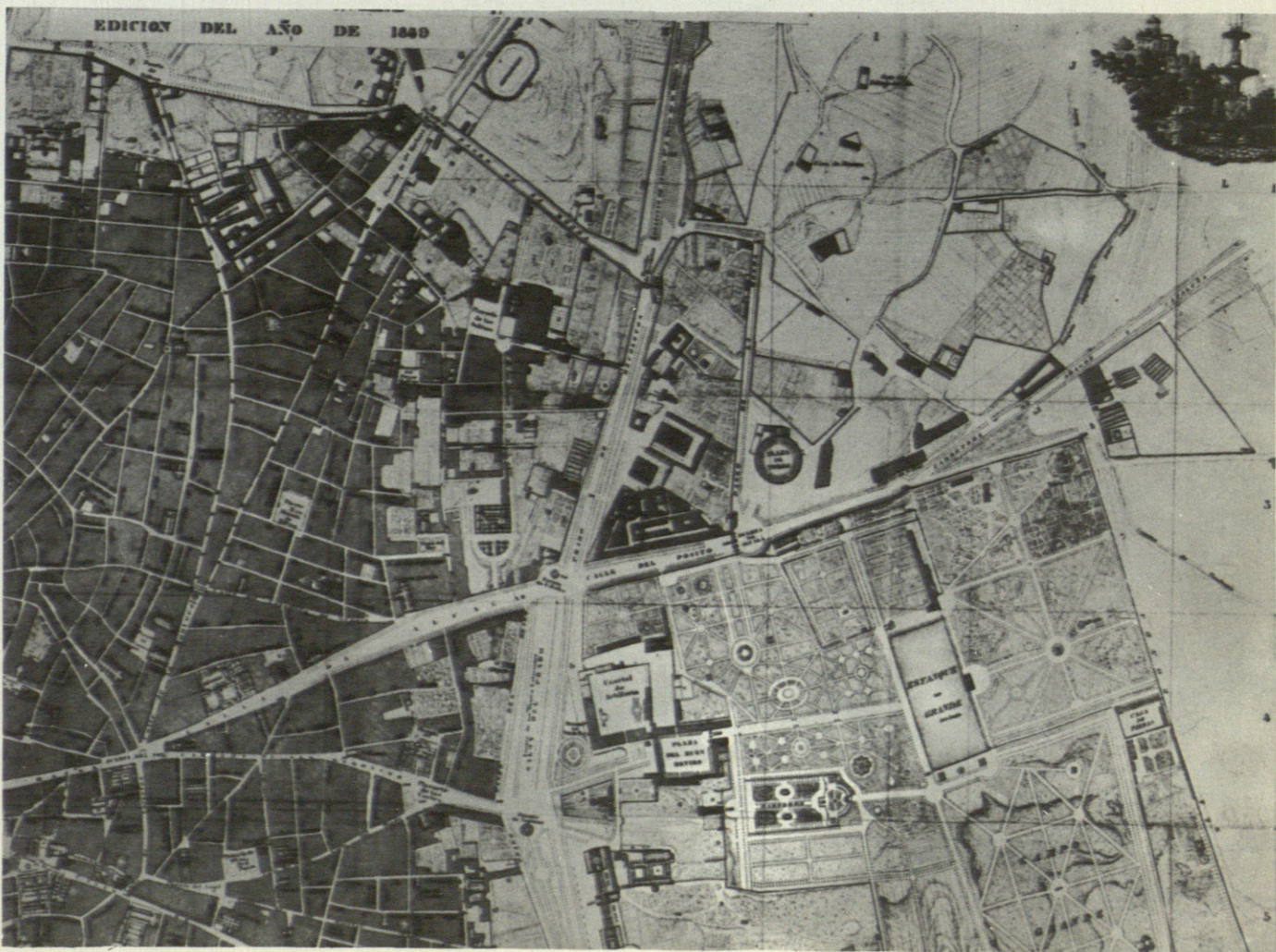




Fragmento del "Plano topográfico de la Villa y Corte de Madrid". Año 1769. En esta zona queda dibujada la posición exacta de la Puerta de Alcalá que, como tal puerta de entrada al recinto ciudadano y por la importancia que el rey Carlos III dio a este lugar, quiso ennoblecer muy señaladamente con el hermoso monumento proyectado por Sachetti.

Pero fue pensada, emplazada y usada para paso y el tránsito bajo su noble arquitectura da la medida exacta de su belleza y destino. Posteriores necesidades urbanas han dejado el gran momento en una postura más bien inadecuada e incorrecta. A esta transformación de uso, dijéramos funcional, en uso decorativista de segunda mano, contribuye de modo especial los jardincitos que la rodean y que impiden el libre acceso.





El muy conocido y muy perfecto plano de Coello, del año 1849 ofrece, en comparación con el de 1769, ochenta años después, muy pocas variaciones. La Puerta de Alcalá sigue siendo puerta de entrada y el Parque del Buen Retiro sigue con toda su extensión y análoga traza, con la única importante aportación del Museo de Ciencias Naturales, actual Museo de Pintura del Prado, obra del gran arquitecto madrileño don Juan de Villanueva.

Todavía no se ha consumado el más inaudito despojo que ha sufrido esta pobre y maltratada ciudad. La apertura de la calle de Alfonso XII con la dedicación de los terrenos expoliados al Parque del Retiro para construcciones urbanas particulares.

El que luego la suerte de que el tono que dio la reina Cristina contribuyera a que unos notables arquitectos llevaran a cabo en estos terrenos el más hermoso y más digno barrio de Madrid, ya comentado elogiosamente en esta revista, no fue más que eso. Una suerte. Pero el expolio ahí quedó.







